
BENITO ESPINOSA.

I.

ACOSTA.

Corrían los últimos días del mes de Abril del año de gracia de 1647. En el cementerio judío de Oude-kesk, próximo á Amsterdam, trabajaban afanosamente un viernes por la tarde los sepultureros en rellenar de tierra una sepultura para tapar un ataúd que acababan de bajar á ella. Nádie lloraba al pié de esta tumba. Agrupados en corrillo los que habían acompañado al difunto hasta su última morada, conversaban entre sí acerca de la vida y la muerte de aquel cuyos despojos acababan de ser entregados á la tierra. Los que habían bajado el ataúd á la sepultura se alejaban silenciosos é indiferentes, observando la puesta del sol y pensando en el próximo sábado. Tan sólo quedaba al pié de la sepultura un jóven de pálida fisonomía que observaba con atención cómo caían sordamente las paletadas de tierra negra sobre el ataúd. Distraidamente arrancaba con la